

Espinardo. La mayoría de estos montes, ya lo dijimos, son cercanos y, en todo caso, detenida nuestra mirada en la huerta, más que promesas de lejanías parecen tapias que la encierran en un cerco recoleto. Ya el genio poético de *Lope de Vega* lo vió bien. No se le ocurrió referir Murcia a los montes, sino los montes a Murcia:

«Ya por los altos montes que mirando,  
Están las aguas del Segura,  
Que la ciudad leal de Murcia bañas.

Por eso cuando, con tanta razón, se compara Murcia a un vergel, a un jardín éste podría ser el greco-romano, el árabe o el medieval, recatados siempre tras los muros, como si en él —afirma el *Marqués de Lozoya*— el hombre buscara refugio de la naturaleza abierta. Así debió ser el de las «Academias», de *Polo de Medina* en Espinardo. No se le ocurriría a nadie, en cambio, comparar la huerta con los jardines barrocos al modo de *Fouquet* y de *Lenótre*, en los que las avenidas de enhiestos árboles y los respaldares recortados se concitan para llevarnos a perspectivas de lontananzas, atentos siempre al «point de vue».

Yo he buscado la representación pictórica de este paisaje en nuestros artistas pretéritos. No en los actuales, porque el hacerlo me hubiera introducido, sin querer, en una esfera bien ajena a la mía: la de crítico de arte. Tarea peligrosa y para la que, notoriamente, no estoy capacitado. Dudaría mucho en hacerlo, además, desde que en el crítico italiano *Marangoni* leí una vez: «Ya sabía yo que la crítica de arte de los médicos era la más perfida».

Nuestro paisajista tipo lo he encontrado en *Sobejano*. Es más un costumbrista, porque con razón, apenas imaginó la huerta sin el hombre. Y allí, junto a un cañizo un mozo y una moza se harán el amor, o en el juego de bolos esperarán

